

LA POESÍA Y EL MAR
A POESIA E O MAR

VISOR MADRID 1998

Índice

PONENCIAS

José Alcalá-Zamora: Los mares portugueses en Calderón	9
Luis Alberto de Cuenca: José del Río Sainz	27
Juan Manuel Bonet: Adriano del Valle, poeta náutico	39
Violeta Pérez: Tomás Morales, poeta del Atlántico	49

ANTOLOGÍA

José Alcalá-Zamora: Sinfonía Brevisima al mar	67
Roberto Alifano: Elegía del mar	70
José María Álvarez: The shadow line	72
Amalia Bautista: En el fondo del sueño	73
Felipe Benítez Reyes: Apunte	74
Carlos Bousoño: Verdad, mentira	75
Francisco Brines: Desde Bassai y el mar de Oliva	76
Guillermo Carnero: Ostende	77
Victoriano Crémer: El pescador del alba	80
Luis Alberto de Cuenca: Cnosó	83
Antonio Gamoneda: Edad del mar	84
Ángel García López: Los peces en la niebla	86
Luis García Montero: Primer día de vacaciones	88
Pere Gimferrer: Oda a Venecia ante el mar de los teatros	90
Félix Grande: Una metáfora del mar	92
Ángel González: Mar de invierno	96
Hugo Gutiérrez Vega: Desde Candas se mira todo el mar	97
José Hierro: Despedida del mar	106
Diego Jesús Jiménez: Color solo	108
Jon Juaristi: Arnaldos	110
Nuno Júdice: Em Terra	111
Luis López Anglada: Regreso al mar	113
Alfonso Martínez Galilea: Argonautas	115

Julio Martínez Mesanza: El río	116
Carlos Marzal: Ninguno parecía tener miedo	118
Rafael Morales: Mar nocturno	119
José Antonio Muñoz Rojas: « <i>En esta clara tarde, en cuyo quicio...</i> » ..	120
Álvaro Mutis: Amirbar (una invocación)	121
Nicanor Parra: Se canta al mar	124
Joan Perucho: El mar	126
Antonio Piedra: Edades de la sonante espuma	127
Francisco Pino: Cantos de el desembocar. Versos de mar y de amor ..	133
Claudio Rodríguez: Frente al mar	139
Rosa Romojaro: Estaciones	141
Ana Rossetti: Al mar que avistaron los diez mil	142
J.M. Santiago Castelo: Barco	143
Jaime Siles: El mar contra la nada	144
Álex Susanna: Naufragio	146
Jorge Valdés: Las cántigas de Almagro (Gnossiennes)	148
José Ángel Valente: Cabo de Gata	151
Juan Van-Halen: Tres poemas de amor y mar	152
Miguel Veyrat: Elegía de frontera	155
Luis Antonio de Villena: Mar amoroso	157
Roger Wolfe: A propósito del mar	158

JOSÉ ALCALÁ-ZAMORA

Los mares portugueses en Calderón

¿Cuándo vio el mar por vez primera Pedro Calderón de la Barca? ¿Acaso no lo había visto todavía cuando redactó las tres obras de que después me ocuparé?

Seguimos en la incertidumbre por lo que concierne al viaje de Calderón hacia 1624 y 1625, a Milán y Flandes, jornada que su amigo y biógrafo Juan de Vera Tassis, ya muerto el dramaturgo, le atribuyó en su prólogo de 1682 a la *Verdadera Quinta Parte* de sus *Comedias*. Como siempre, el misterioso don Pedro, el poeta del *Psalle et Sile*, del canto al silencio, calla y las precisas referencias y particulares reflexiones de, por ejemplo, *Casa con dos puertas mala es de guardar* o de *El cerco de Bredá* sólo nos sirven para abonar la verosimilitud del viaje, no para hacerlo verdadero. Quizá algún día el Archivo de Simancas u otros nos proporcionen pruebas corroborativas de la veracidad de Tassis. De ser cierta la afirmación de éste, el gran escritor, un hombre de orígenes santanderinos pero de familia largo tiempo instalada en el interior castellano, tuvo forzosamente, en la ruta Barcelona-Finale o Génova, que contemplar el Mediterráneo y luego, cómo no, las fuertes mareas y altas olas del Mar del Norte en las costas del País Bajo español, de Gravelinas y Dunquerque, la temible base corsaria del rey Felipe IV, a Ostende.

Si no fue así y la fascinación ante el mar que reflejan sus textos juveniles es producto ciego de los oídos o de la pintura, lo que no ofrece dudas es que don Pedro entró en contacto con aquél más tarde, con ocasión del levantamiento de Cataluña en el Corpus de Sangre, a la entonces avanzada edad de cuarenta y un años. Sabemos, en efecto, que nuestro dramaturgo, autor, por cierto de un hermoso escrito de diálogo y concordia dirigido a los catalanes, donde su prudente y persuasiva argumentación contrasta con los insultos de Quevedo en su famoso discurso a Ca-

taluña¹, se alistó, apenas llegadas a Madrid las noticias de los sucesos de Barcelona, en el aristocrático regimiento de las Órdenes Militares, desfilando, sobre silla de borrenes y a la brida, con pistolas y coraza.

El veintinueve de septiembre partía Calderón de la Barca hacia el frente de Cataluña como soldado coracero, de la caballería pesada, o tanques, de la época. Habiendo llegado a Zaragoza el ocho de octubre y a Tortosa el veinticinco, a finales de ese mes tuvo que contemplar, quizá por primera vez, el Mediterráneo. En aquella su primera campaña catalana de trece durísimos meses, al lado de su hermano José, el futuro y heroico maestro de campo (coronel o general) muerto en la defensa del puente de Camarasa, se distinguió el autor de *El Alcalde de Zalamea* en multitud de acciones y cargas de caballería cerca de la mar: Tarragona, Cambrills, Vilaseca, Salou, Constanti, combate éste último donde resultó herido. Intervino en el cerco de Barcelona y en operaciones de desembarco de las escuadras de Felipe IV. Las costas catalanas y la navegación mediterránea serían pronto objeto de retrato de vivísimas pinceladas en, sobre todo, *El pintor de su deshonra*, donde los oficios del pintor y del dramaturgo, la amistad de Velázquez en Palacio, buscan la confluencia en el camino hacia la síntesis de las artes, empeño más ambicioso de nuestro escritor.

El motivo marinero, pinturas de mares encrespados y simbólicos, de navegaciones turbulentas o plácidas, de buques alterosos y empavesados, frágiles o amenazadores, veloces como aves, es frecuente en la producción calderoniana hasta el término de sus días, como atestiguan, por ejemplo, los versos de *Andrómeda y Perseo* o de *El gran príncipe de Fez* o de la zarzuela *El golfo de las sirenas*. Mucho menos, *La aurora en Copacabana*, de asunto peruano. También en las obras cortas, de índole burlesca, como *El sacristán mujer*. En *Hado y divisa...*, comedia de carísimo montaje a causa de sus espectaculares «efectos especiales», estrenada en marzo de 1680, un año antes del fallecimiento de don Pedro, una «apariencia» de mar borrascosa, descrita como prolija ampulosidad por Melchor Fernández de León, constituía uno de los momentos culminantes de la representación. Y en *La divina Filotea*, auto sacramental póstumo e inconcluso correspondiente al Corpus de 1681, Calderón dispone, en su «memoria de las tramoyas», que el «segundo carro» sea «una nave con todos los aderezos, flámulas y gallardetes»; el primer cuerpo de este carro ha de ser pintura de mar».

Pero antes de 1640, cuando Calderón de la Barca tal vez sí, tal vez no, como el perro de *El rey que rabió*, había visto el mar, ya éste, o ésta,

¹ El texto de Quevedo: *La rebelión de Barcelona ni es por el güevo ni es por el fuero*. El de Calderón, publicado por Eulogio Zudaire: *Conclusión defendida por un soldado del campo de Tarragona...*

como se prefiera, aparece con frecuencia en sus obras. Lo encontramos en *El Tetrarca de Jerusalén* o *El mayor monstruo, los celos*, donde de las profundidades azules surge el puñal implacable del destino, que dará muerte a la bellísima y enamorada protagonista, la delicada y soñadora Mariene. Y en *El mayor encanto amor*, escenifica a los reyes Felipe e Isabel en el estanque del Retiro durante la noche de San Juan de 1635, cuando en el camino hacia la futura y frustrada ópera española chocaron las concepciones del ingeniero italiano Cosme de Lotti, partidario de la hegemonía del espectáculo, y de don Pedro, quien, sin dejar de potenciarlo por todos los medios, se negaba a que la palabra, alma del teatro europeo, quedase en posición subordinada y secundaria. *El mayor encanto, amor* contiene muy bellas metáforas, donde juegan elementos pictóricos como el color o la perspectiva, así, el parlamento de Circe al aludir al mar «de cabellos rizos, / que, canos y ajados son / hermosos con desaliño» o el de Flérida, en que dice «las ondas, / gimiendo del peso grave, / con ambición de peñascos, / blasonan, cuando arrogantes / van por la campaña azul / de sus salobres cristales» y añade luego «el azul / camelote de aguas luce / bella guarnición de plata, / que, sin que el dibujo guarde / el orden, es más hermoso, / por ser dibujo sin arte». Y también Galatea, con su carro marino arrastrado por delfines, «haciendo a su hermosa espuma / que, alas rodadas, sutiles, / o como plata se entorchen / o como vidrio se ricen». En fin, para no extenderme demasiado, aquellas alusiones de *La vida es sueño* al «centro frío» o aquel «antes que las negras sombras / sepulsen los rayos de oro / entre verdinegras ondas» que precede a la batalla contra las tropas reales.

Calderón de la Barca, cima del Barroco, uno de los tres máximos dramaturgos de la historia del teatro, discípulo de Miguel de Cervantes y de Luis de Góngora, hombre extraño y terrible, burlón y trágico al mismo tiempo, mal comprendido por lectores apresurados o de tercera mano y por críticos banales que lo han situado en los antípodas de su talante crítico y rebelde, ¿cómo hubiera podido evitar sentirse seducido por la magia verdinegra de las olas del mar interior y de la mar oceano?

En cuanto a Portugal y a los portugueses, don Pedro manifiesta, si no unas referencias frecuentes, sí una clara simpatía. En dos de sus mejores tragedias, que renglones abajo comentaremos, lo portugués ocupa un lugar central.

Los portugueses son, para el autor de *La vida es sueño*, apasionados, elegantes, valientes, acometedores de grandes empresas y así habla de la «portuguesa arrogancia»², así Manuel Méndez, «gallardo portugués», dice «no hay que encarecer / de mi pasión los extremos, / soy portugués, esto

² Jornada II, verso 873 de *A secreto agravio, secreta venganza*.